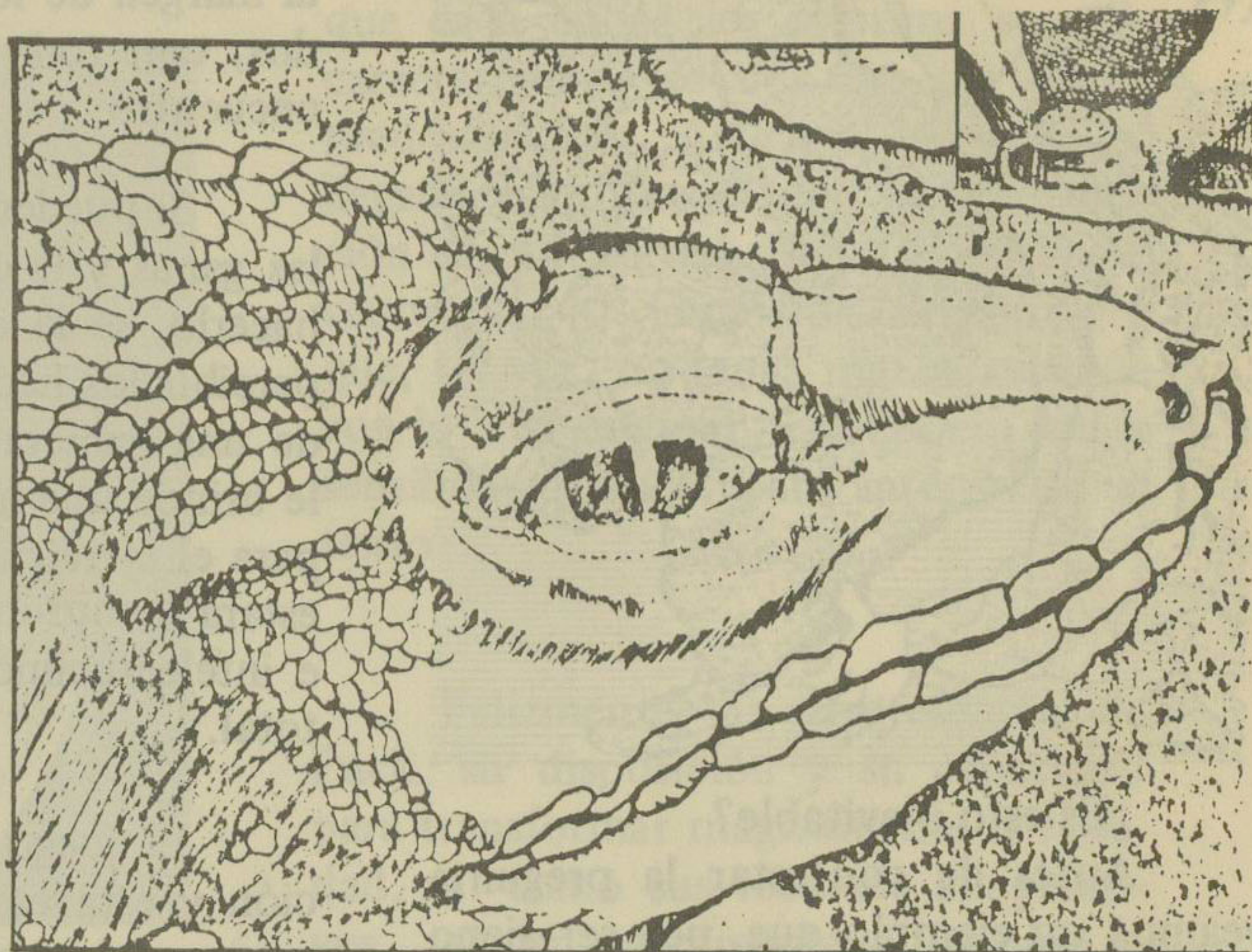


niveles o planos, en donde se hace más profunda la ambigüedad misma de la vida, con todo su espesor y su misterio.

En la obra teatral la historia la dicen y "hacen" los propios personajes. En la novela dramatizada (teatralizable) el autor consigue la ilusión (ante el lector) de que la historia también se cuenta a sí misma.

El último factor a considerar es el uso del tiempo. La obra teatral es casi por fuerza cronológica. La novela, en cambio, dejó de sentir la obligación de respetar el tiempo cronológico —el de los relojes o los calendarios— y lo sustituyó, cuando así le convenía, por el tiempo psicológico o dramático, con constantes anticipaciones y retrocesos. Dichas anticipaciones y retrocesos desorientarían totalmente al espectador de una obra teatral.

Cuando me aboqué a la tarea de hacer la versión teatral de "Murámonos, Federico" pensé, en un primer momento, que lo haría imposible el hecho de que esta novela irrespete totalmente el desarrollo cronológico. Hice la prueba, la reordené y el resultado es el que verán ustedes. Creo que, de

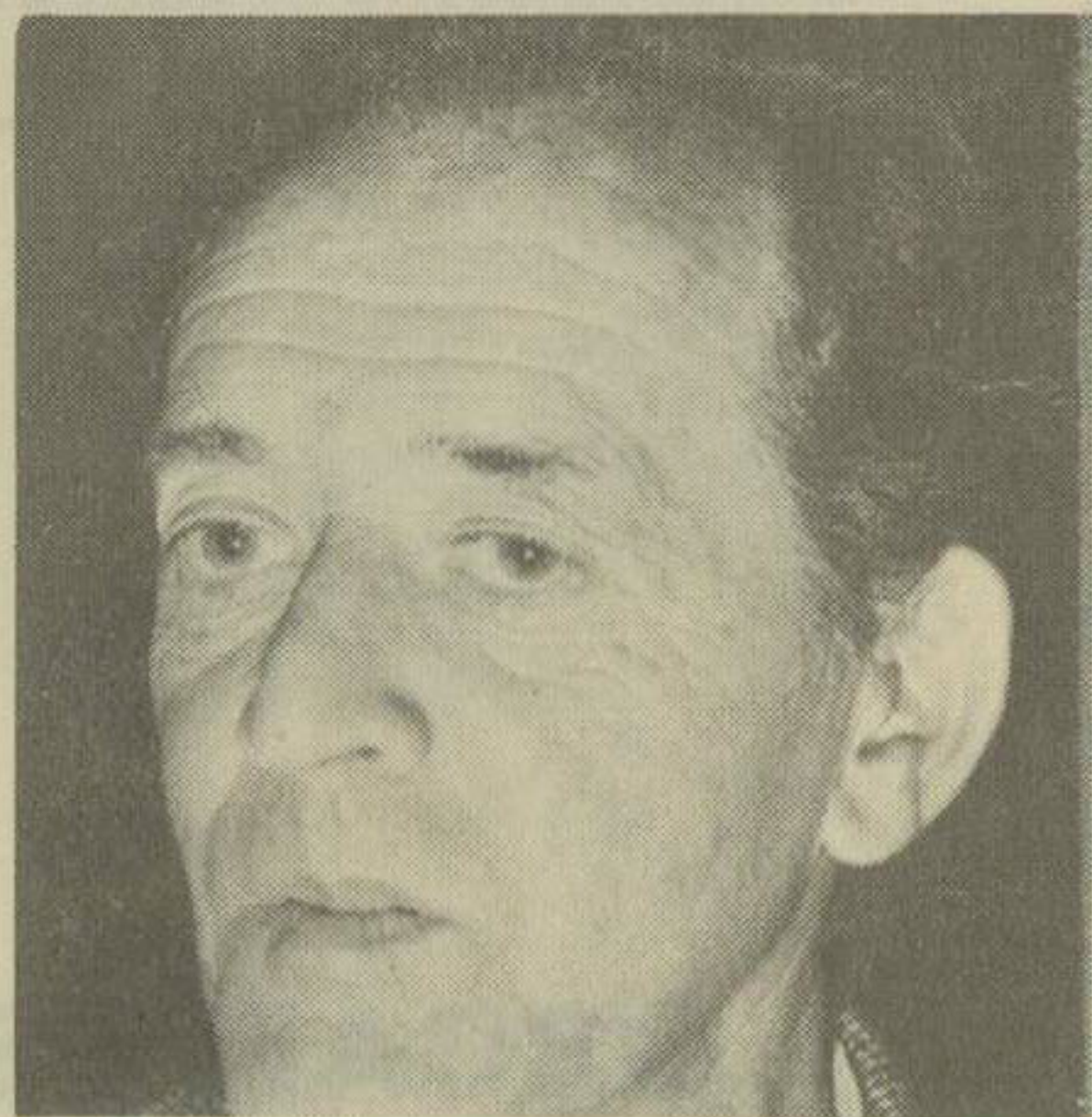


alguna manera misteriosa que no alcanzo a comprender, ambas formas de usar el tiempo eran eficaces. No perdió nada la versión teatral ni en progresión dramática, ni en suspenso.

Algunas reflexiones, sobre la novela y el cine, serían objeto para otro artículo.

# LA VIDA ES JUEGO

**OSCAR FESSLER**



El Taller Nacional de Teatro, creado hace dos años como una dependencia del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes lleva a escena, una adaptación del "Sueño de una noche de verano", de Shakespeare, representada por su primer grupo de egresados.

Durante dos años, los estudiantes del T.N.T. se van preparando para ser actores y/o promotores teatrales, mediante una actividad eminentemente práctica. Por ser un taller y no una academia, la formación tiende a ir integrando a los participantes en un equipo que, como tal, va definiendo progresivamente en el proceso sus características esenciales, su manera de insertarse en la actividad elegida. Así, cada grupo del T.N.T. tendrá, al egresar, un perfil propio y ese será el que

deba destacarse en su primera puesta.

Para el grupo '77, que se encuentra en este momento en la frontera entre el estudiante y el actor profesional, se ha elegido el "Sueño de una noche de verano", obra juvenil, fantástica y festiva, porque se considera que estos elementos se adecúan a la imaginación y el dinamismo de los jóvenes encargados de realizarla.

El "Sueño de una noche de verano" es una obra de juventud, en la que el autor mezcla tres planos diferentes de juegos: los mágicos, los humorísticos y los que se podrían llamar de amores perdidos y encontrados. Todo su desarrollo es una oportunidad para el juego teatral de los actores, que se transmite al espectador. El juego está en el centro de la

metodología del T.N.T., es esencial en esta obra de Shakespeare y, naturalmente, en la concepción de la puesta.

¿Por qué? ¿Qué significa jugar? ¿Cuál es su importancia?

En el idioma español, el verbo ha perdido el sentido que conserva en otros. "Jouer", "To play", "Spielen" tienen en sus respectivos idiomas, tanto para el teatro como para otras manifestaciones artísticas, una acepción profunda a la que nadie podría reprochar falta de seriedad.

La actividad lúdica está inevitablemente asociada con la infancia. Desde nuestra posición de "adultos responsables" tendemos a concebirla, a veces con un poco de solemnidad, como reservada para quienes no tienen obligaciones. Y, sin darnos cuenta, invertimos en parte los términos del problema.

Mediante el juego, el niño se descubre y descubre al mundo, se prueba y prueba la realidad circundante. Es cierto que esta práctica infantil está facilitada por la ausencia de responsabilidades. Y también es verdad que cuando el niño debe afrontarlas, su capacidad de juego disminuye, se hace "adulto" prematuramente.





¿Es esto inevitable?

Antes de contestar la pregunta veamos un ejemplo que, por ser ajeno al ser humano, puede permitirnos el análisis sin prejuicios. El cachorro juega. El animal adulto pierde, en parte o totalmente, su capacidad de juego. La búsqueda de los medios de subsistencia, la lucha por la vida, lo transforman en un esclavo de la realidad.

Del mismo modo que el poeta tiene la virtud de ver el mundo cada vez como si fuera nuevo, el juego permite percibirlo de manera original,

al margen de los esquemas preestablecidos, con toda la frescura del primer encuentro.

Se pueden restablecer en el adulto las ganas y la capacidad de jugar, y al hacerlo, se le otorga la posibilidad de percibir los hechos, aún los cotidianos, de una manera diferente, renovada, se le brinda una herramienta insustituible para el ejercicio de la crítica, en la que estará comprometido física, emocional e intelectualmente, es decir, en forma total.

El juego se basa en la imaginación y ésta es el primer paso hacia el progreso humano. El hacha de mano del hombre paleolítico, el descubrimiento de América, la máquina a vapor o los viajes interplanetarios, para poner ejemplos tomados al azar, hubieran sido capaz de imaginar el mundo como no era en el momento, si no hubiera realizado antes una proyección imaginaria de su invento o su descubrimiento.

En esta temporada, el público ha

podido ver obras como "El enemigo del pueblo" y "Fuenteovejuna". Ambas profundizan en distintos aspectos de la vida social y ambas pueden ser asociadas fácilmente con hechos actuales. Al margen de sus innegables valores artísticos, esa característica constituye una de sus virtudes y también uno de sus riesgos. Al ser oportunos —no necesariamente solo eso—, podrían quedarse en la superficie de una comparación ocasional, sin dejar huella más profunda.

Obras como el "Sueño de una noche de verano", en la concepción que ha dado el T.N.T. (y este es otro capítulo que merece ser tratado aparte), a pesar de su aparente falta de actualidad, pretenden estimular los mecanismos más hondos mediante los cuales el hombre accede a la libertad.

Jugar en serio y vivir con alegría constituyen, entonces, el mensaje fundamental de esta nueva compañía joven.

## Los recursos de Puck.

OSCAR FESSLER

El teatro, el buen teatro, por lo menos, es siempre irreverente. Y esa irreverencia surge del inevitable conflicto entre una visión del mundo renovada y renovadora —como es la del arte— y el esclerosamiento en que van cayendo todos los procesos de la actividad humana.

Los autores clásicos, antes de ser consagrados como tales, fueron esencialmente irreverentes. Y lo fueron tanto, de una manera tan definitiva, que su forma de romper con el pasado fue finalmente adoptada como una nueva receta que comenzó a su vez a congelarse, a perder vitalidad, a tornarse tediosa y retórica. El impulso original, que fue justamente el que los transformó en clásicos, fue siendo sustituido por una respetabilidad inocua, formal.

Shakespeare, por ejemplo, barrió con todas las fórmulas establecidas por los griegos y continuadas por el teatro occidental posterior. Sus obras se parecen a guiones cinematográficos por su confianza en la capacidad del espectador de acompañar los cambios en el tiempo y en el espacio con la misma rapidez con que se pasa de una idea a otra.

Sin embargo, el verdadero Shakespeare rara vez nos llega. Conocemos de él el mármol o el bronce de su estatua. Desde la escuela nos asustan con su perfección absoluta, con su inmutabilidad, con el respeto, la veneración casi, hasta por los más ínfimos detalles, incluyendo aquellos que por error introdujeron sus epígonos.

Pero el rostro severo del genio,

mirándonos desde su frío monumento, no tiene por qué atraernos. Sí, en cambio, la imagen del joven autor, director y actor, trabajando con su compañía, buscando a través de lo que hoy se llamaría improvisación, las situaciones, los personajes, el desarrollo de la obra, su ritmo en tiempo y espacio, todo lo cual terminará por ser anotado en un texto definitivo. Texto que, además, se llamará "play", el "juego" que, en español, ha perdido su significado profundo para transformarse en un término superficial, con connotaciones a veces hasta negativas.

La pregunta es, entonces: cómo acercarse a los clásicos, a Shakespeare y, en particular a su "Sueño de una noche de verano"? La respuesta: igual que a cualquier otro autor y a cualquier otra obra.

El mejor homenaje que se le puede hacer es intentar verlo en su forma original, sin los sucesivos maquiillajes que, a lo largo del tiempo, han ido acartonando su apariencia y disfrazando su esencia. La tarea fundamental, como en cualquier otro caso, es tratar de reproducir el proceso creativo